

Hoy escribe JAIME GUZMAN

## Viernes 4 de septiembre

EN esta tarde nos preparamos quizá para un fin de semana habitual, con el descanso o variación de actividades que lo caracterizan. Hace 11 años, un viernes 4 de septiembre de 1970, millones de chilenos vivimos, en cambio, uno de los días más amargos de nuestra existencia. Sentimos que por delante no había ni reposo de fin de semana, ni ilusión ante las nuevas semanas que sobrevendrían. Por el contrario, sólo se abría un túnel que no permitía ver la luz del otro lado, y cuya oscuridad encerraba el peligro dramático de caer en el abismo definitivo e irreversible.

¿Cómo no recordar el silencio aturdido que predominó en ese fin de semana de 1970? ¿Cómo olvidar la angustia generalizada que prevaleció en los días siguientes, ante la perspectiva del ascenso marxista al gobierno?

LOS mil días de la ex Unidad Popular comprobaron la validez de tales aprensiones. Sólo la especial ayuda de Dios, la heroica resistencia del pueblo chileno, y la intervención militar victoriosa del 11 de septiembre de 1973, salvaron a Chile de su inminente transformación en un país esclavizado por el comunismo, como Cuba, Polonia, Afganistán y tantos otros de tan trágico destino.

Sé que hay chilenos que no compartieron estos sentimientos. Una minoría nacional celebró el triunfo marxista de hace 11 años, y más tarde sintió cual derrota lo que la mayoría ciudadana recibió alborozada como Liberación Nacional, en septiembre de 1973. Respeto a esas personas y, muy especialmente, el dolor que hayan sufrido. Permítaseme, sin embargo, dirigir estas líneas a quienes el 4 de septiembre de 1970 participaron de la sensación mayoritaria de derrota y angustia.

Y deseo hacerlo precisamente para reflexionar junto a ellos. ¿Cuánto sacrificio estábamos dispuestos a asumir ese día, con tal de evitar siquiera el marxismo irreversible? ¿Cuántas pasiones y antagonismos aceptábamos deponer para impedir aquel desenlace? La lucha de los mil días fue una prueba elocuente al respecto.

---

**“Nada es más peligroso que actuar en la vida político-social como sobre ‘tierra conquistada’...”**

---



NO postulo, por cierto, que reaceptamos como válidos o deseables ciertos esquemas políticos que tal vez entonces nos parecían satisfactorios, como mal menor frente al marxismo. El progreso humano —espiritual o material— deriva de no contentarse hoy con lo mismo que ayer. De anhelar siempre algo mejor, y de poder elegir entre opciones de crecientes horizontes.

A lo que aludo, en forma específica, es a una actitud de desprendimiento y generosidad interior, que debiéramos procurar mantener inalterable cualquiera sea la diversa realidad que nos corresponda enfrentar.

Y CREO que ello resulta hoy especialmente necesario, porque nada es más peligroso que actuar en la vida político-social como sobre “tierra conquistada”, olvidando que nadie clava jamás la rueda de la fortuna. El triunfo se logra y se afianza sólo con diario esfuerzo y permanente vigilancia.

Al ver hoy tanta codicia voraz de dinero y poder económico; tanta pugna política o empresarial acentuada por pasiones o rivalidades excesivas; tanto abandono cómodo de la inquietud pública; tanta mezquindad que se queda en la crítica del detalle olvidando el conjunto tan positivo de nuestro cuadro general; tanto sectarismo para no reconocer lo que se avanza, o para confundir el propio interés con el del país o, en fin, para no reconocer el error cuando se yerra, pienso que todo ello podría siquiera atenuarse si recobráramos una parte de aquel mayor desprendimiento generoso que todos experimentamos durante una etapa, a partir de un día como hoy, hace exactamente 11 años.

Concuerdo con lo que alguna vez leí a Fernando Léniz en estas columnas, sobre la imposibilidad de exigir un sacrificio demasiado prolongado a un número muy alto de personas. Pero lo que acaso la realidad haya vuelto a requerir, sea una mayor cuota de sacrificio, especialmente de quienes tienen más responsabilidades por su ubicación en el cuerpo social.

Re Seg. 4-IX-81